

MENEMNO C.

Ni hay tal, ni quien tal diga.

TALEGA.

Sí hay tal, y quien tal diga, que so yo.

CASANDRO.

Bien está: el tiempo es tan buen maestro, que ni por miedo ni por vergüenza no deja de descubrir las verdades.

TALEGA.

Ni yo tampoco.

CASANDRO.

Abaste lo dicho. ¿Y agora qué piensas de hacer?

MENEMNO C.

Queria ir á casa de Micer Duarte, porque Talega es ido ya delante con el libro.

TALEGA.

Mas con la saya.

MENEMNO C.

Para que acabemos de rematar aquellas cuentas.

CASANDRO.

Ve con la bendicion de Dios, que yo entretanto me acabaré de vestir.

## ESCENA IV.

MENEMNO, CASADO. TALEGA. DOROTEA.

TALEGA.

Gracias sean dadas á Dios que el viejo acabó de predicar.

MENEMNO C.

Ven, Talega.

TALEGA.

Vamos, señor, y desensimúlame y toma la saya, porque no me hallen con el hurto en las manos.

MENEMNO C.

Daca, acabemos ya.

TALEGA.

No me pareces agora propísimamente sino al hijo prólogo, que lleva á empeñar ropa por mengua de dineros.

MENEMNO C.

Déjate de esas gracias, y da en esa puerta y llama á Dorotea, porque salga á rescebir este presente.

TALEGA.

¿Quién está en casa? ¡Ola, aho! No responde nadie, señor. Si has perdido quizá por la mano.

MENEMNO C.

No te entiendo.



TALEGA.

No sé si está dentro algun *dominus fatotum*, de esos que llevan ropas largas.

MENEMNO C.

No se ha de presumir tal de mi querida Dorotea.

TALEGA.

Si de amor de ramera te fias, engañado vas, porque no dura tanto como sol de hibierno y pluvia de verano, *et est impossibile* que la que es acostumbrada de someterse á muchos por fuerza, ame á ninguno de grado.

MENEMNO C.

Déjate de eso. Torna á llamar.

TALEGA.

¡Ola, aho! ¿No hay nadie acá?

DOROTEA.

¿Quién llama?

MENEMNO C.

Yo, mi señora.

DOROTEA.

¡Ay mi señor Menemno! ¡ay entrañas mias! ¿y tú eres? Vengas en buen hora.

MENEMNO C.

Y en esa misma estés tú, deleite mio. En mirándote se me quitan todos los enojos y aborrezco á mi muger.

DOROTEA.

¿Quién viene contigo, señor Menemno?

MENEMNO C.

Talega, criado de tu merced.

TALEGA.

Y de su criada, que es bonita.

MENEMNO C.

Crianza, señor.

TALEGA.

Estoy tan criado, que ha veinte años que no mamé.

DOROTEA.

Gracioso está Talega.

MENEMNO C.

De desgraciado está gracioso.

DOROTEA.

Señor Menemno, ¿qué es eso que traes?

TALEGA.

Abre el ojo. Olido ha de narices como podenco de muestra.

MENEMNO C.

Rosa y vida mia, son tus vestidos, y los despojos de la loca de mi muger.

DOROTEA.

¿Esta es la saya que me prometiste?



MENEMNO C.

Esta es, tómalas, que si yo puedo, haré de manera que cuantas tiene mi muger sean tuyas, pues yo soy tuyo.

DOROTEA.

Mercedes, amor mio.

TALEGA.

Oreja, perra, y cuán bien que la ase.

MENEMNO C.

Yo las rescibo de ti en quererlas tú rescibir de mí.

TALEGA.

Así, así con el diablo. Desá manera presto quedarán en blanco los bienes de nostramo.

MENEMNO C.

¿Qué es eso que dices de blanco y de presto?

TALEGA.

Digo, señor, que se entienda de presto en la comida, y que no falte vino blanco.

MENEMNO C.

Bien dices. Mira, señora, ya sabes lo que me prometiste si la saya venia en tu poder.

DOROTEA.

Muy bien, señor, ya lo entiendo.

MENEMNO C.

Pues aparéjanos muy bien de comer para medio día.

DOROTEA.

A mejor tiempo no podias hablar, porque está la olla bien forrada ya.

TALEGA.

¿Es el aforro de pluma ó de lana?

DOROTEA.

De todo hay: una gallina y carnero.

TALEGA.

Poco es eso para mis apetitos.

DOROTEA.

¿Qué tú has de comer acá?

MENEMNO C.

Convidado le he porque veas cuán bien sabe comer.

TALEGA.

Como, señora Dorotea, á dos cajos, que de verme folgarás mochísimo.

DOROTEA.

De veras que tomo placer que sea Talega mi convidado una y muchas veces.

TALEGA.

Un placer y mochísimos que Dios te dé.



DOROTEA.

Por amor de tú, prometo de multiplicar dos pares de pollos mas.

TALEGA.

Multiplicadas que tengas las narices.

MENEMNO C.

¿Qué dices, asno?

TALEGA.

No, no, sino los días de su vida. Los pollos me turbaron. Señora, mira que sean asados, por vida de esa cara de rosa.

DOROTEA.

Yo lo haré mejor que tú te piensas.

TALEGA.

De esa manera la talega de Talega quedará rellena de esta vez.

DOROTEA.

¿Qué quiere decir eso?

TALEGA.

Yo soy talega de mi amo, y mi talega es mi vientre: si como bien, mi talega está buena, y la de mi amo ruin, porque no me puedo mover despues de harto.

DOROTEA.

Buenas propiedades tienes.

MENEMNO C.

Señora, entretanto que se adereza la comida, voy á casa de Micer Duarte á negociar un poco.

DOROTEA.

Ven, señor, presto y no te detengas.

TALEGA.

Bien dice la señora. Hagamos pasos de fraile convidado, que mejor es que nosotros aguardemos la comida, que la comida á nosotros.

MENEMNO C.

Escucha, Talega, que en esto va mucho. Allégate á la posada, y dirás á mi suegro que somos convidados por Micer Duarte, que no nos aguarden. ¿Sabráslo decir?

TALEGA.

Mirad si sabré.

MENEMNO C.

Vuelve luego, que en su casa te aguardo.

TALEGA.

Muy bien, señor.

## ESCENA V.

MENEMNO, MANCEBO. TRONCHON.

MENEMNO M.

Hágote saber, Tronchon, que la mayor alegría que sienten los navegantes, es cuando de lejos sobre las marítimas ondas descubren la tierra.

TRONCHON.

Y mayor si la tierra que descubren fuese suya.

\*



Mas dime, señor, yo te suplico, ¿á qué respeto ó causa, habiendo rodeado todas las islas del mar, venimos á desembarcar á Valencia?

MENEMNO M.

Necio, ¿no sabes tú que voy buscando á mi hermano?

TRONCHON.

No sé cuando acabarás de llevarme de aqui para allá, y de Rodas á Poyatos. Seis años hace agora que andamos en busca de él.

MENEMNO M.

¿De qué te fatigas, asno?

TRONCHON.

Fatígame que si anduviéramos á buscar una aguja, en tanto tiempo la hobiéramos hallado. Dígolo porque pienso que buscamos á tu hermano entre los muertos.

MENEMNO M.

Plugiuese á Dios que hallase quien de cierto me dijese que está ya entre los muertos; pero entretanto que esto no supiere, no dejaré de buscarlo entre los vivos.

TRONCHON.

Sea como tú mandares, esclavo te soy, no puedo sino seguirte, pero no querria que nos detuviésemos mucho en Valencia.

MENEMNO M.

Ven acá, torpe, en una ciudad tan insigne y noble como esta ¿no será bien que nos detengamos mas que no en otra para considerar muy particularmente el regimiento de su república, la suntuosidad de los edificios, la riqueza de los templos, los trages de los caballeros y damas, y en fin otras mil cosas?

TRONCHON.

Tal es cual la pintas, y aun mejor, si no la gastasen tres erres como la gastan.

MENEMNO M.

¿De qué modo la gastan tres erres?

TRONCHON.

La primera es rameras, porque hay de ellas *magnam quantitatem*.

MENEMNO M.

¿Y la segunda?

TRONCHON.

La segunda renegadores, que reniegan y juran de Dios haciéndolo mil partes.

MENEMNO M.

¿La tercera?

TRONCHON.

La tercera regatones, porque hay tantos que no podeis ponerlos un bocado en la boca que no pase por tres ó cuatro manos. Y porque veo que la moneda se nos va apocando y la costa creciendo, querria que saliésemos presto de esta ciudad.



MENEMNO M.

¿Qué? Dios hará merced.

TRONCHON.

Y entretanto échate á dormir. ¿No sabes tú que por el dinero baila el perro?

MENEMNO M.

¿De dónde diablos sacas tanta cosa como dices hoy, y otras veces eres tan necio?

TRONCHON.

Son lunadas que me toman.

MENEMNO M.

En verdad que lo creo, y hoy mas que nunca.

TRONCHON.

Volviendo á las rameras supradichas, has de saber que todas ellas tienen asalariados sus cabestreros.

MENEMNO M.

No hay quien te entienda hoy.

TRONCHON.

Los cabestreros son aquellos que por otro nombre son llamados alcahuetes.

MENEMNO M.

¿Pues qué nasce de ahí?

TRONCHON.

Sabrás que estos cabestreros tienen de costumbre de irse al Grau de Valencia, y si veen alguna nao recién venida, preguntan cómo se llama el patron y pasajeros de ella, y aun en los mesones los extranjeros de arte.

MENEMNO M.

¿A qué fin todo eso?

TRONCHON.

Para que viéndolos por la ciudad, los llaman por sus propios nombres, porque piensen que los conocen, y así los engañan.

## ESCENA VI.

DOROTEA. MENEMNO, MANCEBO. TRONCHON.

DOROTEA.

¿Ce, señor?

MENEMNO M.

¿Qué es aquello, dí?

TRONCHON.

No sé: detengámonos.

DOROTEA.

¡Ah mi alma! ¡ah mi corazon! ¿Cómo no entras en esta casa que es mas tuya que mia?

MENEMNO M.

¿Con quién habla esta muger?



DOROTEA.

Con ti hablo, mi señor.

TRONCHON.

¿Cómo? ¿Quién es él?

DOROTEA.

Menemno: el *omnis homo* de mi casa.

TRONCHON.

No hay aqui ningun olmis olmo de tu casa.

DOROTEA.

Amigo, ¿quién te pone á do no te mandan? Yo con Menemno hablo, á quien conozco, y no contigo, que nunca te ví.

MENEMNO M.

Habla pues lo que quisieres.

DOROTEA.

Lo que quiero es que entres luego á comer, pues la comida que mandaste aparejar, está á punto ya.

MENEMNO M.

¿Qué comida ó qué bebida es esa?

DOROTEA.

La que tengo aparejada para tí y para mí.

MENEMNO M.

¿Para mí? Ojalá dijeses verdad.

DOROTEA.

Sí, para tí. Sino, entra, y verlo has.

MENEMNO M.

Señora, no burles de un hombre tan extranjero y no conocido como yo.

TRONCHON.

Abre el ojo, que cabestrero anda por aqui.

DOROTEA.

Ea, señor Menemno, dejemos de eso y no sufras que ese burle de mí. Dí, ¿qué es de Talega?

TRONCHON.

Mirad si está informada ya de la talega de la ropa que viene en la nave.

MENEMNO M.

¿Por cuál talega ó saco pides?

DOROTEA.

Por el mozo de Casandro tu suegro, el cual vino contigo cuando me diste la saya que hurtaste á tu muger.

MENEMNO M.

Ni tengo muger, ni sé qué te dices, ni jamas estuve en esta ciudad hasta hoy que desembarqué de la nave.

DOROTEA.

¿De qué nave?



TRONCHON.

De una que es de tablas y madera.

DOROTEA.

Señor Menemno, por amor de mí que dejadas las burlas aparte, entres en casa, entretanto que voy á mirar los pollos que se asan demasiado.

MENEMNO M.

Oye, Tronchon, ¿no será pusilanimidad mia dejar de entrar allá?

TRONCHON.

No será sino sabieza dejar de entrar allá.

MENEMNO M.

*Audaces fortuna juvat.* ¿Qué me puede hacer una muger?

TRONCHON.

Segun tú eres bueno, lo menos que puede es dejarte sin blanca.

MENEMNO M.

Para eso buen remedio: toma la bolsa.

TRONCHON.

Daca. Pero mira que dice el refran que quien mucho se rasca, llaga se hace: por eso mira mucho el fin.

MENEMNO M.

Anda, que es de cobardes mirar mucho los fines. Entrar quiero, y ve tú al meson y despues vernás por acá.

TRONCHON.

A Dios te encomiendo.

MENEMNO M.

¡Ah señora mia!

DOROTEA.

¡Ah señor!

MENEMNO M.

Conozco haber errado en burlarme de tí; pero si lo hice fue por disimular con el esclavo que estaba conmigo.

DOROTEA.

¿Cómo? ¿De quién es el esclavo?

MENEMNO M.

De mi suegro, que no ha dos dias que lo compró.

DOROTEA.

Avisado parece.

MENEMNO M.

Eslo cierto, y pues él no nos ve ni nos oye, entremos cuando mandares.

DOROTEA.

¿No quieres aguardar á Talega?

MENEMNO M.

Ni lo quiero aguardar, ni quiero que entre acá, porque estoy enojado con él.

DOROTEA.

Sea como tú mandares; empero, amor mio, quiero que me hagas una merced.



MENEMNO M.

No una sino ciento haré, por eso pide.

DOROTEA.

Que despues de comer lleves aquella saya que me diste á maestre Chillon el sastre, para que la desfigure y haga á mi voluntad.

MENEMNO M.

Avisada eres en todo, porque haciéndolo asi, ternás saya á tu medida, y no la conocerá aquella maldita de mi muger.

DOROTEA.

¿Puedes llevarla cuando te fueres?

MENEMNO M.

¿Por qué no la tengo de llevar?

DOROTEA.

Entra, amor mio, y cierra esa puerta.

## ESCENA VII.

CASANDRO. AUDACIA. TALEGA.

CASANDRO.

¿Dó estás, hija? Sal acá.

AUDACIA.

¿Qué mandas, señor padre?

CASANDRO.

Dias ha que deseaba decirte mi parecer, y lo he dilatado hasta que me dices una ocasion para ello de tantas como me has dado para sentillo.

AUDACIA.

¿No te parece que tengo razon, señor padre, de estar quejosa?

CASANDRO.

No, porque si cuando yo te casé con Menemno, no seguí el uso de este maldito tiempo que primero se habla de la hacienda y á la postre de la persona, fue la causa viendo las virtudes de mi criado y tu marido, que pienso no haberle dado tanto cuanto meresce.

AUDACIA.

Demasiado le diste.

CASANDRO.

Es verdad si tú fueras de otra suerte.

AUDACIA.

¿De qué suerte? ¿Soy alguna fea?

CASANDRO.

No, sino hermosa, y es lo peor que le di.

AUDACIA.

¿Por qué?